Es el septimo día. Se descansa.
Cuanto existe se muestra por sí mismo,
mordiendo lo inmediato, consecuente
y al mismo tiempo ambiguo si sonríe
en la anchura que mata perdonando,
completa felizmente curvas vagas
que expresan lo que no puede pensarse:
La paz con ironía, la dulzura
terrible y succionante de la nada,
el arcaico terror ante una amante
que apaga su mirada cuando besa,
la nada que así reina dentro y fuera.

Es el séptimo día: Todo queda
presente y vacilante, casi dicho,
remoto y transparente, equilibrado,
y el hombre lo contempla, levemente
dudando de sí mismo, no sabiendo
si sólo abandonarse es su destino,
si toda la belleza queda fuera
de el mundo que él habita, si sus actos
son errores en un total ya dado.
Y entonces, vivo y muerto, traspasado,
descubre las verdades sin conciencia
que flotan en la anchura como absueltas.

Gabriel CELAYA.

Biblioteca Virtual de Castilla-La Mancha. Deucalión. #10, 6/1953.